

# NUESTRA VIDA Y EL ALZHEIMER

Sábado, 9 de octubre de 2005

Hoy me he levantado con bastante ánimo y con la autoestima algo más alta de lo normal.

-Va a ser un gran día- me dije al levantarme.

Y en efecto, haría todo lo posible por tener la mejor experiencia de mi vida, mi primer día de escalada en Cueva de Ágreda, en Soria. Vivo en un pequeño pueblecillo de esta misma provincia y no me gusta nada tanto como pasar un día de deporte en el campo.

Hace pocos días que conozco la enfermedad que mi abuelo ha empezado a padecer, el temible Alzheimer, una de las enfermedades que más detesto en el mundo. Este horrible acontecimiento no va a ser capaz de arruinarme la vida, con tan solo catorce años, por lo que haré todo lo posible por ayudar a mi abuelo en esta etapa un tanto dura para todos nosotros.

Siempre he tenido una muy buena relación con mi abuelo paterno, Tico Andrés, que vive al lado de nuestra casa, y casi todos los días voy a visitarlo. Si, has leído bien, Tico Andrés, y no quieras saber por qué lo llamo así, es una historia tanto extensa como personal.

Domingo, 10 de octubre de 2005

Ayer lo pasé estupendamente en la escalada de Soria, fue una experiencia inolvidable, al final cumplí lo prometido, ¡pasaría un día perfecto!

Hoy he visitado a Tico Andrés. Él es consciente de que el Alzheimer se apodera de su mente y precisamente lo he notado cuando una fría lágrima caía por su pálida mejilla al mirarme a los ojos y no recordar mi nombre. Casi como un acto reflejo, me ocurrió lo mismo, lo único que en ese momento, no era una sola lágrima la que discurría por mi mejilla, sino que eran varias las que me invadían la cara, que argumentaban mi expresión de sollozo.

No podía creer que todos estos años vividos con mi abuelo Tico, fueran a desvanecerse porque una enfermedad se ha interpuesto su camino. El ánimo y la esperanza que ayer se podían percibir solo con mirarme a la cara, han desaparecido. Hoy parezco otra persona, la que su expresión muestra más bien que tristeza, melancolía.

Hoy no he podido parar de llorar. Esto no me podía estar pasando; ojalá fuera un sueño, sería el niño más feliz del mundo.

-¿Qué puedo hacer?, o mejor dicho, ¿hay algo que hacer?- pensé mientras una lágrima resbalaba por mis pómulos.

Justo cuando salía de casa de mi abuelo, tropecé con un pequeño hoyo que había en el suelo y caí al lado de un viejo olmo el cual tenía varias grietas a lo largo de su tronco. En una de ellas, sobresalía un papel bastante deteriorado y amarillento por el paso de los años. También algo arrugado por las gotas de lluvia que en algún momento habían caído sobre él. No dudé ni un instante en cogerlo y abrirlo. En el antiguo papel había algunas palabras difuminadas por la humedad y eran muchas las faltas de ortografía que se podían apreciar a simple vista en aquel texto, pero aun así se podía leer gran parte de él:

<<Me llamo Andres cortes jiménez y tengo ocho años. Vivo en fuentes de Magaña y de mayor me encantaría cuidar a los animales mi animal favorito son los cabayos. Mi mejor amigo Miguel y yo ayer compramos un regalo en la tienda del tío pepe con la tanda que nos dan nuestras madres y lo emos enterrado metido en una cajita de madera detrás del arbol del parque de...>>

Tenía que encontrar aquella cajita pero la última frase se había borrado a cauda del deterioro, no me permitía leer el final de la carta, ni alguna frase en la mitad del texto, que estaba emborronada. Ya era un poco tarde así que vine a cenar a casa, mi familia me estaba esperando. Llevo toda la noche dándole vueltas a la situación, y dudo que mi abuelo recuerde el tema de la cajita de madera. Pero tenía que intentarlo. Quizás así recupere algo de memoria.

- ¿Podría ayudarlo de este modo?- me repetía constantemente en la cabeza, durante toda la noche.

Cuando me quise dar cuenta, me había quedado dormido, tendido en la cama, con la nota que encontré en aquel olmo, sobre mi cabeza.

Lunes, 11 de octubre de 2005

Hoy he despertado algo cansado y lo primero que he pensado ha sido en la cajita de madera.

-¿Dónde se encontrará?- me dije- ¿Todavía existirá el parque del que habla en la nota?-

Hace tantos años que se escribió la nota que seguramente el parque ya no exista, o fuera trasladado a otro lugar del pueblo.

Hoy es lunes así que me ha tocado ir al colegio. A duras penas me he enterado de lo que ha explicado la profesora, ya que he estado todo el rato dándole vueltas al tema del parque.

En cuanto he terminado de comer y he hecho la tarea que nos ha mandado Aurora, la profesora de matemáticas, he ido a visitar a mi abuelo. Esta vez ha recordado mi nombre pero al enseñarle la nota, como era de esperar, no recordaba nada sobre ella. Lo único que reconoció es a su amigo Miguel, que todavía siguen llevándose bien. Vive en una vieja casa, a la vuelta de la calle, con una fachada de color marfil y anaranjado que la daban un aspecto bastante acogedor.

Tico y yo hemos ido a visitarlo al atardecer. Es un hombre muy agradable, bastante conservado y algo más joven que mi abuelo.

-Aquella tarde estuvimos dando un paseo con la bicicleta que me regaló el tío Pedro por navidad- nos narraba con aire pensativo- decidimos enterrar una pequeña cajita de madera, la cual no recuerdo que contenía. Han pasado muchos años y a mi edad es muy difícil acordarse de éstos detalles.- continuó diciendo.

Miguel leyó la nota y yo le pregunté sobre el parque en el que enterraron la vieja caja; no obstante, recordó que en frente de su actual casa, se encontraba hace unos setenta años un

jardín en el que Andrés y él jugaban muy a menudo. Puede que ese fuera el lugar que estaban buscando.

Se acercaba la hora de la cena y me tuve que ir a casa a cenar y descansar ya que al día siguiente tenía que ir al instituto.

-¡Desearía que fueran vacaciones de verano!-pensé- ¡y acabamos de empezar el curso!

Recostado sobre mi cama, leyendo un libro, “El misterio de la luna”, me quedé dormido con la luz encendida, antes de haberle leído un cuento a Victoria, mi hermana pequeña. Estaba demasiado cansado.

Martes, 12 de octubre de 2005

Esta mañana me he despertado antes de tiempo, ¡la emoción puede conmigo!

Durante las horas de clase, no podía aguantar sin contar mi experiencia a algún amigo, pero aún así, no lo he hecho.

Hoy he ido a comer a casa de mi abuelo, para intentar averiguar algo sobre la antigua nota y la cajita de madera.

Por la tarde, aunque había quedado para jugar a las canicas con mi amigo Saúl, le tuve que decir que no. En realidad lo que quería era estar escavando hoyos toda la tarde en aquel antiguo jardín yo solo, sin nadie más.

Miguel me ha acompañado al jardín del que se hablaba en la nota, que ahora era un pequeño solar repleto de charcos y de barro.

Cogí las botas de goma, ropa vieja, una pala y fui en busca de Miguel, que iba a acompañarme durante el tiempo en el que estuviera escavando.

Después de varias horas, conseguí dar con algo. Miguel acudió inmediatamente a mí. Allí estaba.

-¡La cajita de madera!- dijimos casi al unísono.

Era vieja y estaba más deteriorada de lo que esperábamos. La antigua cajita, hecha a mano, tenía una decoración casi perfecta. Era preciosa. Antes de abrirla, Miguel y yo fuimos en busca de mi abuelo.

El interior, forrado de terciopelo rojo, daba sensación de comodidad. Un pequeño álbum de fotos, bastante humilde pero hermoso, se encontraba en la cajita. Contenía cinco fotos de cuando Andrés y Miguel eran niños. Me encantó poder ver aquellas fotografías. Y no fui el único. Las lágrimas que se desprendían por los rostros de mi abuelo y su mejor amigo Miguel lo decían todo.

Pude ver la expresión del rostro de abuelo, una expresión de lamento, irrumpido en llanto, de querer recordarlo todo, de desear no tener Alzheimer, esa dichosa enfermedad. Tiene que ser muy duro, sentirse como si fueras otra persona, no recordar lo más importante en tu vida, ni tus mejores experiencias. Ahora, mi abuelo parecía otro.

En haber encontrado aquella cajita fue una experiencia perfecta, que me gustaría vivir más veces en la vida.

-Haré lo mismo- dije en voz alta- colocaré esta misma caja, con vuestro álbum de fotos, y le añadiré alguna fotografía más. Y así hice. Volví a colocar la cajita en ese mismo sitio, y ahora una nueva nota en aquel mismo olmo, que ahora protegí con una pequeña carpetita. ¿Quién sería la persona que encontrase dentro de varios años aquella vieja cajita? ¿Serían mis hijos? O, ¿quizás mis nietos?